

Matrimonio Modelo

Recuerdo bien como comenzó todo. Era un lunes por la mañana. Antonio se había levantado tarde y de mal humor, como siempre al principio de semana. Yo me quedé en la cama y lo dejé que se preparara su desayuno. Como en un sueño lo oí dando tropezones en la cocina y diciendo groserías. Seguramente se le había reventado un huevo al ponerlo en la sartén. A él le gustan los huevos fritos con los bordes de la clara doraditos y la yema blanda, pero siempre se le revientan los huevos, porque como cocinero es un desastre.

Al rato se fue, tirando la puerta con tanta fuerza que casi me despertó. No vino a despedirse, tal vez porque estaba molesto con que yo no me levantara a hacerle el desayuno. Qué pena, pensé, y dejé que el sueño me atrapara de nuevo.

El teléfono trató de despertarme, sin éxito al principio. Después de sonar un par de minutos, no tuve más remedio que descolgarlo, con el fin de colgarlo de nuevo. Pero apenas lo tomé en la mano, una voz de mujer anunció con firmeza: “Jaló...” No era ningún vendedor, y dudé por un momento. La voz siguió sin hacer pausa: “Señora... soy una amiga. No me conoce, pero yo sí, a usted y al sinvergüenza de su marido...”

“Oiga, ¿cómo se atreve?”

“Mire, su marido le está pegando tarros y lo mejor del caso es que se lo ha contado a medio mundo.”

“Descarada, voy a colgar.”

“Si lo quiere comprobar, no tiene más que esperar un par de horas. Usted verá que cuando se tome la pausa para almorzar la llama para decirle que no va a comer en casa porque tiene una reunión en la oficina. La reunión en realidad es con su secretaria, y no es en la oficina sino en la posada “El Nido,” que se encuentra en el barrio de Colón, en Virtudes 67. Ellos siempre van allí y alquilan el cuarto número once, que es el menos visible de la calle. Así es que si Ud. se les aparece esta noche después de las siete los agarra en el acto.”

“¿Y cómo sabe Ud. todos esos detalles?”

“Así era como él y yo lo hacíamos.”

“Mentira ... mentira Mi esposo no es capaz...”

Click.

Mira que hay gente mala en el mundo... Esa tiene que ser una envidiosa que no soporta la felicidad ajena... Porque el nuestro es un matrimonio modelo.... Sí, modelo, porque ya ni nos peleamos... Al principio nos enredábamos por cualquier tontería: que si la carne estaba baja de sazón, que si no tenía camisas planchadas... que si no me quería llevar al cine a ver una película romántica, que si se pasaba el domingo viendo boxeo por televisión con lo salvaje que es eso, y después dejaba las botellas de cerveza regadas por el piso... Tuvimos una temporada que no hacíamos más que gritarnos, y yo terminaba llorando y él encerrado en su cuarto o en camino de la calle.

Pero al fin nos fuimos adaptando el uno al otro. Ahora lo que hacemos es que cuando el goza con su boxeo yo cojo el carro y me voy sola al cine o a visitar a mis amigas. Otras veces, sobre todo recientemente, él se queda en la oficina trabajando hasta tarde... Oye, ¿trabajando hasta tarde? ¿eso no es lo que dice la desvergonzada?... Pero no, Antonio nunca me sería infiel... Aunque ahora que lo pienso, su nueva secretaria es bonita, más que la última... Y algo coqueta, con sus faldas tan cortas y su manera de sentarse con las piernas cruzadas, enseñándolo todo... Quién sabe si le ha estado haciendo un trabajito a mi marido... Claro, tiene que gustarle Antonio... Por algo me casé con él, teniendo tantos donde escoger... Era el muchacho más guapo, el más viril, el más interesante de todos... Y pensar que en menos de tres años quiera venir una puta a tratar de robármelo... Pero yo le saco los ojos a esa bandida antes de que lo haga.... Yo....

El timbre del teléfono. Miré al reloj: las doce y cuarto. Estuve paralizada un momento. ¿Sería él? Temblando, descolgué el auricular.

“Jaló.”

“Hija, soy yo. ¿Cómo amanecieron?”

El alma me volvió al cuerpo. Mamá. Qué alivio oír su voz.

“Bien, mamá.” *¿Se lo contaría? No, mejor esperar, es posiblemente una falsa alarma.*

“¿Qué te pasa? Te noto la voz extraña.”

“Nada, mamá. Me duele un poco la garganta.”

“Date unos toques de azul de metileno, y verás cómo se te quita.”

Sí, ¿pero cómo saber la verdad? Dicen que la esposa es la última que se entera.

“Mamá, te voy a tener que dejar, se me quema el arroz. Te llamo luego.”

“Bueno, adiós, hija.”

“Adiós.” Tuve que mentirle, porque ya no podía soportar la inquietud. Comencé a llorar.

Ay, Antonio, ¿cómo has podido traicionarme así. Pero coño, por qué estoy llorando, si todo es mentira. Antonio me adora. Nunca me engañaría. El se desvive por mí... Pero hoy se fue sin despedirse... Eso no quiere decir nada... Y el viernes se fue a un juego de béisbol y no volvió hasta la madrugada... ¿Se estará aburriendo de mí?... ¿Cuándo fue la última vez que nos juntamos? ¿El martes o el miércoles pasado?... Creo que fue el miércoles, porque el martes volví cansada de jugar bridge en casa de Magda, y él quería, pero no lo dejé... Dios mío, hace más de una semana... Y pensar que en la luna de miel...

Estaba arrodillada en la alfombra, la cara hundida en el cojín del sofá, sollozando sin consuelo. Me levanté y fui a la cocina a buscar un vaso de agua. Entonces sonó el teléfono de nuevo.

“Dime, mamá....”

“No es tu mamá, soy Antonio.” El corazón me dio un vuelco. ¡Qué frío sonaba! “Oye, no voy a comer en casa esta noche. Han llegado los representantes de una compañía belga y tenemos que

atenderlos. Así es que voy a salir a cenar con ellos y con mi jefe. Ah, y no me esperes antes de irte a dormir, no sé a qué hora terminaremos.”

No respondí. “¿Estás ahí?” “Sí, está bien” contesté automáticamente. Ni me di cuenta cuando colgó; ya no veía ni oía nada.

Qué desgraciada soy. ¿Por qué me pasa esto a mí? A mí, que he sido siempre la mejor de las esposas. Todos los hombres son iguales, canallas todos.

El resto de la tarde pasó de alguna forma, sin yo enterarme. De repente, me di cuenta que eran las seis. Me vestí de un tirón, lo mejor que pude, busqué la pistolita que Antonio me había comprado para mi protección, la eché en mi bolsa y salí casi corriendo en búsqueda de mi carro.

A medida que me acercaba al Barrio de Colón, la energía histérica se me fue disipando. Me di cuenta que si seguía hasta la posada y les hacía el frente, iba a terminar llorando como una boba, y se iban a reír de mí. No, esa satisfacción no se las daba. Ya habría tiempo para arreglar las cuentas. Hice un viraje en redondo en el medio de la avenida y regresé a casa.

¡Qué noche tan amarga pasé! Sentada en el sofá, con la bolsa agarrada en las manos, los ojos que ya no lloraban clavados en el marco de la puerta; con el alma en vilo, y la mente corriendo por todas las emociones que se le presentan a una presa de celos; tejiendo y deshilvanando la historia de nuestro matrimonio, desde que conocí a Antonio en aquel baile de Año Nuevo hasta la amargura actual, escudriñando el proceso de su abandono, cómo las pequeñas diferencias fueron creciendo hasta convertirse en grietas y luego en abismos; bebiéndome las lágrimas al pensar lo felices que hubiéramos podido haber sido; acariciando con una mano nuestra foto de bodas en la mesa al frente del sofá, y con la otra apretando la .22 que aún tenía en la bolsa.

Al fin, oí sus pasos, que se multiplicaron, acercándose; la llave raspó la cerradura de la puerta, y ésta se separó del marco, dejando entrar al apartamento las tinieblas del pasillo.

“¿Qué haces levantada a estas horas?”

“Antonio, tenemos que hablar. Lo sé todo.” (*Qué cursi*)

“¿Cómo que lo sabes todo. Qué quieres decir?”

“Todo es todo. Sé que me has estado engañando, Dios sabe desde cuándo, y que te jactas de tus hazañas con los amigos esos que tienes, y que no piensas por un momento los sufrimientos que me causan tus caprichos.”

“Mujer, ¿de dónde sacas todo eso? ¿Quién te ha llenado tu cabecita con esas basuras?”

“Sí, niégalo, qué más da. Trata de ocultar lo que todo el mundo sabe. Tú y tu secretaria. Qué par de sinvergüenzas.”

“¿Mi secretaria? Yo jamás ni me he fijado en ella.”

“Entonces, qué hacías hasta hace un rato con ella en el cuarto No. 11 de la posada “El Nido,” Virtudes 67?”

Antonio nunca se le queda callado a nadie, por eso es que hemos tenido tantas peleas. Pero esta vez no encontró qué decir. En silencio, me apuñaleó con la mirada.

Al fin se le ocurrió algo: “Tú estás loca.”

“Sí, loca de rabia y de vergüenza. Pensar que te he tenido como un ídolo, que te he venerado, y que tú me hayas traicionado tan burdamente.”

“Ay, vieja, está bueno ya. Si quieres creer todos los cuentos de la gente, allá tú.” Hizo una pausa como para tomar impulso para lo que seguía. Puso las manos con fuerza en la cabecera del sofá, y se inclinó hacia mí, flexionando todos sus músculos. Estaba hermoso, no pude menos que reconocer con dolor. Continuó:

“Ya que esto se ha presentado, vamos a hablar con franqueza. Tú y yo no podemos seguir de esta manera. Aquí no hay hogar, ni matrimonio, ni nada...”

“Claro, como van a haber esas cosas, si te pasas la vida con esas putas, sin importarte que estás poniendo a tu mujer en los labios de todos como la cabrona del siglo...”

“Mira, no me interrumpas más, que vamos a terminar mal” gritó. Luego, calmándose un poco:

“Tú ves, es imposible. Tenemos que separarnos. Mañana mismo voy a ver a mi abogado.”

“Así es como lo arreglas tú, nos divorciamos y tú te quedas en libertad para seguir con ésa....”

“Con ésa o con quién me dé la gana. A ti no te tiene que importar, porque lo que es contigo no sigo un día más,” dijo, dándole un puñetazo al sofá, no lejos de mi cabeza.

“Y yo que pensaba que te gustaba, que me querías tanto.”

“Eso fue al principio. Nunca me imaginé que una mujer pudiera ser tan superficial, haragana e inútil como tú. Para el colmo, en la cama no sirves para nada. Eres tan fría como un cadáver...”

“Así es que te largas. Me abandonas...” Mientras hablaba, mis manos se movían como si tuvieran vida autónoma. “Así es que te vas,” repetía como un eco sin fin.

“¿Qué haces? Suelta ese revólver, por amor de Dios... No juegues...”

“Así es que me dejas...” Levanté el revólver, y el pánico adquirió forma humana delante de mí.

“¡Por favor, no dispaes!”

A pesar de los celos y las desilusiones, todavía lo quería. Por eso fue que desvié el cañón del revólver al último momento, y disparé hacia el suelo. Sin embargo, viendo la determinación en mis ojos, Antonio se lanzó sobre mi tratando de quitarme el arma, y en la lucha se disparó otro tiro, que fue a alojarse en la espalda de Antonio. Se derrumbó a mis pies, con un golpe sordo.

* * *

Aún hoy lo veo, en el suelo, abriendo y cerrando la boca, como un pez fuera del agua, respirando penosamente. Con muchos esfuerzos, lo arrastré hasta el sofá, y lo acomodé lo mejor que pude. Entonces

fue que perdí el control. Comencé a ir de un lado para otro, sin saber qué hacer. Al rato, abrió los ojos y me miró con una mueca de dolor. “Haz algo,” susurró. “Llama a los bomberos.”

Al fin reaccioné y corrí para el teléfono. Mientras esperaba la llegada de la ambulancia, busqué una toalla y traté de estancarle la sangre. Las balas de la .22 son pequeñas, y la herida no sangraba tanto. Noté que su estómago había sido afectado por el susto. ¿Pueden creer que rompí a reír como una loca? Antonio ahí, herido y bañado en mierda, una imagen pavorosa y al mismo tiempo ridícula. Le di lo que se merecía, pero me daba lástima. El, azorado, por primera vez notó los dos agujeros negros en la alfombra, el revólver sobre la mesa, y mi ataque de histeria.

Al final, todo se pudo justificar como un accidente, y fui exonerada de toda culpa. Antonio entró en convalecencia, pero nunca se recuperaría del todo. La bala le había interesado la primera vértebra de la espina dorsal, y nunca volvería a caminar.

Ahora me ven, sentada junto a él en el sofá, ayudándolo a tomar su sopa. Me dice, en una voz que hacía años que no usaba conmigo: “Mi vida...”

Se cansa uno de leer que la felicidad en el matrimonio está basada en el respeto mutuo, en la comprensión, el cariño, y todo lo demás. Entonces, ¿cómo se explica nuestro caso? El Antonio que hoy conozco no es el hombre con quien me casé, y de las virtudes que lo hacían atractivo no queda ninguna. Aún lo odio por su traición, pero la culpabilidad y la piedad sobrepasan todas las otras emociones. Y a lo mejor todavía lo quiero. Por su parte, Antonio quizás me agradece que le haya perdonado la vida, y que ahora sea su cuidadora y protectora, y a lo mejor hasta me quiere un poquito.

Seguimos siendo un matrimonio modelo.